

ideológica y expresiva entre unos y otros. «A Paysandú» eleva un canto fúnebre por los caídos de la resistencia nacionalista uruguaya, en el umbral de la masacre orquestada por el neocolonialismo inglés. Al elogiar el heroísmo de los mártires orientales los convoca a una resurrección colectiva y unánime, bajo las banderas futuras de una América Latina libre y unida. Por sus endecasílabos y heptasílabos desfilan algunos de los versos más encendidos y majestuosos del romanticismo argentino:

Paysandú está de pie, como en otrora al sublime tronar de los cañones; su sudario de escombros y tizonas se asemeja a la cresta de un volcán... Y tranquila, serena, imperturbable, la derruida ciudad se alza en la loma como el ombú que en el desierto asoma, y atropella y desgaja el huracán.

Como el soldado republicano del poema *Masa*, de César Vallejo, el combatiente de Paysandú debe reencarnarse en la lucha de las nuevas generaciones:

¡Paysandú! El gran día de justicia alborea en el cielo americano y, Lázaro, del fondo de tu tumba, ¡tú te levantarás!

A primera vista, la imagen que sugiere *El porvenir*, el tercer gran texto lírico andradiano, parece cincelar por anticipado los marmóreos augurios patrióticos que iban a estremecer sus alegorías porteñas. Sobre todo, la *Atlántida*, pues, en realidad, *El nido de cóndores* constituye una ceñida apología de San Martín, ese precursor del federalismo revolucionario de nuestra América. El Andrade de Buenos Aires era un versificador de ampulosas abstracciones. La alegoría fue el género que eligió para ser consagrado por una ciudad a cuya oligarquía había siempre anatematizado. Pero el Andrade de Entre Ríos depositaba su confianza en procesos y líderes concretos, y no dudaba en expresar públicamente sus imprecaciones contra dirigentes unitarios no menos concretos, como hemos visto al revisar su obra periodística. En 1867, cuando Andrade escribía *El porvenir*, ni Solano López ni las montoneras argentinas habían sido derrotados. Era aquél un año cúspide de esperanzas revolucionarias, en que el ejército paraguayo había demostrado en Kurupayty, como lo habían anticipado los espías británicos, su amplia superioridad sobre los ejércitos aliados en conjunto, y sobre el brasileño en particular. En junio del año anterior se había firmado la nota diplomática de Perú, Chile, Bolivia y Ecuador, en solidaridad con el gobierno de Asunción, y de condena total a la Triple Alianza. El 22 de septiembre de 1867, el ejército lopista, conducido por un genial estratega campesino, el general José Eduvigis Díaz, había destrozado por completo y al mismo tiempo a los ejércitos del Brasil, el Uruguay y la Argentina. El 6 de diciembre, el coronel argentino Felipe Varela, de regreso de su exilio en Chile, había levantado a las montoneras al grito de paz y amistad con el Paraguay y de unión latinoamericana, en contra del gobierno de Buenos Aires. Hasta el embajador de los Estados Unidos había protestado solemnemente, en marzo, por la obstinación brasileña de proseguir una guerra de agotamiento y exterminio, arrastrando a sus dóciles cómplices de Buenos Aires y Montevideo en la matanza. Los federalistas argentinos comprendían perfectamente el carácter antina-

cional y la miopía política de la alianza de Mitre con Pedro II: como dice Félix Etchegoyen en el prólogo de la vieja edición de la prosa andradiana, dicha alianza rompía el equilibrio entre dos estados grandes —Argentina y Brasil— y dos medianos —Paraguay y Chile—, en favor de una inexorable hegemonía brasileña que, un siglo después, hoy se ha impuesto. Por último, 1867 era un año electoral en la Argentina. La irresistible impopularidad de Mitre había aventado las posibilidades de Elizalde. Y Andrade propuso a Urquiza, con la esperanza de que el viejo estanciero pseudofederalista firmara la paz con el Paraguay e impusiera un equilibrio más estable en la cuenca del Plata. ¿No había sido el propio Solano López el negociador diplomático, en su juventud, del pacto de San José de Flores, que restableció la paz en la guerra civil entre Mitre y Urquiza? Pero la elección de Sarmiento disipó las ilusiones de Andrade. Queda, sin embargo, como luminosa huella de su entereza, ese «porvenir» inmediato, realista y programático —no la vaga predestinación retórica y utopista que han creído descubrir algunos críticos—, que soñaba el gran entrerriano en 1867.

JUAN MANUEL MARCOS  
*Department of Foreign Languages*  
SEILLWATER, Ok. 74078  
USA

## La destrucción del medio ambiente en nombre del progreso. La relación entre metas de desarrollo y ecología en América Latina

La discusión en torno a la crisis energética y las amenazas provenientes de los desarreglos ecológicos han tomado en América Latina otro curso que en Europa Occidental. El interés de la opinión pública por este debate es reducido. Los problemas de la contaminación ambiental y del agotamiento de recursos naturales representan una temática bastante descuidada que no ha provocado ninguna controversia de alcance social significativo. Los cuestionamientos que han ganado alguna relevancia en los últimos años se refieren principalmente a la problemática de los recursos energéticos y al desarrollo demográfico, y aun así sólo en algunos países que han sido afectados seriamente por la elevación de los precios del petróleo (como Brasil) o por la explosión del crecimiento poblacional (como algunos estados centroamericanos y del área del Caribe).

Por otra parte, en América Latina no hay escasez alguna de notables perturbaciones ecológicas. Si el desarrollo y, sobre todo, la «apertura» de la región amazónica prosiguen como hasta ahora, el bosque tropical húmedo más grande del mundo será, dentro de cuarenta años, un mero recuerdo del pasado. La desertificación de la cuenca

del Amazonas es, sin embargo, un asunto de importancia universal, ya que esta selva es imprescindible para la regeneración del oxígeno de toda la atmósfera. Hacia fines de siglo la ciudad de México y São Paulo serán las metrópolis más grandes del mundo con mucha distancia de las siguientes; ya hoy en día ambas ciudades tienen seguramente el récord mundial en contaminación del aire y el agua, así como en ruido y problemas de tráfico.

La trivialización y hasta la cohonestación de estas perspectivas fatales están relacionadas ampliamente con la formación de una identidad nacional y con la percepción socialmente significativa de los recursos naturales, y, precisamente, en un período histórico en el cual la imitación de la civilización industrial del Norte y la consecución inmediata del progreso material se han transformado en metas colectivas irrenunciables. Aspectos centrales de la situación actual latinoamericana están conformados por las consecuencias de los desequilibrios ecológicos y de la explosión demográfica, por una parte, y por la modernización acelerada de toda la sociedad (acompañada por la trivialización de sus lados negativos), por otra.

Los dos aspectos señalados están estrechamente relacionados, por lo menos en el ámbito latinoamericano, con las metas generales de desarrollo sustentadas por la conciencia colectiva de las sociedades en cuestión. Aunque a este respecto hoy en día solamente se pueden establecer hipótesis revocables a causa de la falta de estudios exhaustivos y confiables, es posible postular una explicación que analice el origen y el contenido de las metas normativas de desarrollo y simultáneamente los nexos existentes entre tales metas y la política ecológico-poblacional congruente con ellas.

Una primera aproximación a la problemática nos mostraría el hecho sintomático de que las diferentes tendencias político-ideológicas en el ámbito latinoamericano dan por supuesta y natural una armonía aparentemente inevitable entre progreso tecnológico-económico, por una parte, y adelantamiento humano, político y cultural, por otra. El optimismo histórico-filosófico tanto del liberalismo como del marxismo —genuino producto del siglo XIX— no ha sido aun problematizado por la conciencia intelectual latinoamericana, la cual, además, denota claras señales de estar decisivamente influida por los efectos de demostración emitidos por los centros metropolitanos, especialmente en el terreno tecnológico-económico, a pesar de la crítica continua y hasta feroz ejercitada por aquella conciencia contra todas las manifestaciones culturales provenientes del norte industrializado.

Para comprender más adecuadamente esta relación ambivalente entre los paradigmas de desarrollo, elaborados por los centros metropolitanos, y las metas de desarrollo, aspiradas por la conciencia colectiva latinoamericana, es indispensable analizar el superego de esta conciencia, es decir, *la instancia de lo preconsciente*, que, a semejanza de la mente individual, está situada entre el nivel de lo subconsciente y el área de la conciencia plena, siendo conformada por pautas de comportamiento, valores de orientación y concepciones normativas, tomadas generalmente de una tradición cultural externa y no resultando así de un proceso autónomo y original de creación. Dado el carácter prelógico de los elementos del súper-ego colectivo, éstos tienden a ser internalizados sin una discusión racional sobre su deseabilidad, amplitud e intensidad, y a solidificarse hasta adquirir la cualidad de leyes naturales.